

2 textos

Belisario Rodríguez Garibaldo

DIATRIBA CONTRA UN DIOS QUE YO NO ENTIENDO (O UN SIMPLE POEMA DE AMOR PARA ELLA, QUE YO NO ENTIENDO)

Si esculpiese fuego,
en las estatuas verdes del eterno,
nacería nuevamente derrotado,
pues he querido sangrar
sin cicatrices,
esculpidas en oropel de sueños.

Buscando silencio,
y sólo ese mar de musas inconclusas
en que he naufragado, riendo;
porque quiero verme
en mis ojos midiendo
el sentido nostálgico del tiempo.

Pero el Amor se fue, se va
por veredas infinitas,
formando puntos en la arena,
granos incesantes de arena y tiempo,
porque de ellos son los vericuetos
por donde transitas, transito,
como un aprendiz veleta en el viento.

¿De qué se puede arrepentir
el intrépido hacedor de cosas?,
que se desvanece y sólo queda
en el recuerdo fútil;
si acaso forma una coral
que gime en la historia,
en un espacio vivo y muerto.

Llámame si te acuerdas
que en algún momento
fuimos viento,
si en medio de desiertas tierras
naufragaste tú, como naufragué yo
en tu pecho.

Y si por extraña coincidencia
apenas nos mencionamos,
ligeramente en fracciones tímidas
de un momento,
o por casualidad, un arrojó,
un huracán sopló diciendo: no lo quiero,
o si lo quiero, o mejor aún,
lo quiero tanto que no lo quiero;
pues así amamos nuestras vidas,
significando que amamos y odiamos,
y como odiamos, queremos;
entonces llámame,
si nos encontramos en ese laberinto
preparado para purgas
de aquello que un día fuimos;
y allí, al igual que aquí,
estoy seguro, lo sé, lo sabemos,
nos volveremos a ver, siempre,
siempre lo veremos, lo buscaremos.

Y es así en el camino del tiempo,
porque no hay veredas
por la que transitas, transito, transitamos,

sin que ya estemos saltando
como niños en un juego,
no porque seamos niños, no,
sino porque solo existe un juego.

Así que llámame, Amor, búscame,
que yo te busco,
tanto como te he encontrado en todo lo
que he hecho,
a ver si por extrañas apariencias,
por el destino, porque está escrito,
entonces nos encontremos todos,
miles y millones, todos; tu y yo, todos.

Entonces y solo entonces
en un pasto verde descansemos,
contemplando el oropel de aquel encuentro,
en un universo donde nadie se imponga,
solo el amor, la armonía, el tiempo.

Del Poemario **Las Memorias del Silencio**,
de Belisario Rodríguez Garibaldo, Edi-
torial CIEN, Panamá, 2006.

La estatua de afrodita

Bella e imposable, altiva e inmarcesible, sensitiva y expresiva es la estatua de Afrodita situada en una de las calles más céntricas de la ciudad de Atenas, símbolo indecible de los anhelos más cálidos y tiernos. Cuando mis manos acarician aquella estatua de mármol, fría y tibia al mismo tiempo, recorro los siglos sumergidos en sus pechos como en las expresiones ardientes de civilizaciones antiguas y perdidas. Es Afrodita una estatua de frío mármol en cuya frente inalterable, y en cuyos ojos fijos y plateados recorro con mis manos las filosofías antiguas de musas, diosas y ninfas refrescantes, como en un homenaje a antiguos cultos divinos de amor y de deseo.

Aquella estatua ha permanecido fiel por siglos a las miradas exploradoras que, como la mía, buscan en ella la precisa anatomía, la más exacta sonrisa que trasluzca la pureza de la Mujer-Diosa; de los labios que en onírica armonía son descorridos por mis dedos, en busca de inspiración grecolatina, que en forma de una fémina de mármol es como se complacen mis más profundos deseos viriles, mis ansiedades encadenadas a su cuello, desde tiempos inmemoriales pre-socráticos, cuando el oro no corrompía nuestras pláticas. ¡Estatua de Mármol!, ¡Afrodita!, altiva especie de una civilización incandescente, Mujer-Poema, símbolo irresuelto de todas mis búsquedas terrenales e infinitas.

Subyaces a la orilla de una calle, de un bulevar abierto, de una ciudad cualquiera, de la espléndida ciudad de Atenas, de la Atenas conglomerada del siglo 21. Estás, Afrodita, eternizada por mis ojos, vives inmortalizada por mis dedos, que te queman las mejillas frías de un mármol trascendente. Tú eres un símbolo de una época pre-humana, eres el mito transformado en mujer de mis desvelos, pues desde tus pechos enraizados en mi memoria, te estás transformando en parte misma de mis pupilas; nos comunicamos con palabras y signos, construimos un puente indestructible que nos une a través de estas palabras. Mi Afrodita es la Estatua de un mármol per-

manente, cuyas curvas perfectas son simbologías de deseos, de altos pensamientos que elevas desde lo interno de tus ojos adorados, recónditas preguntas que me resuelven tu mirada inexorable, tu rostro apasionante; tu cuerpo es desafío a los hombres de este tiempo y de los tiempos venideros, desde los tiempos antiguos, perdidos y lejanos, en que extraños cultos y oráculos divinos enaltecían el amor que representas.

La Estatua de una Diosa de Amor, ¡Afrodita!, el eterno misterio de los hombres, un tabú permanentemente sumergido en mi inconsciente, un tabú que ha sido transformado en tótem por devotos anhelos inconclusos. Veo tus caderas, tu cintura, tus pechos desbordantes; recorro tus caminos, tus señales, que a través de tus cabellos fríos me deslizan por tu cuello de mármol irreverente. Eres, Afrodita, el símbolo de un tiempo antes de Cristo, antes de San Agustín, de Goethe, de Marx, de Sartre, del Surrealismo, del Neoliberalismo, Diosa en la que observo tu enorme altivez, ante mi pequeña humanidad de hombre enamorado; nosotros nos desbordamos en silencio, tú en tus ojos que miran horizontes ya lejanos, yo en un gemido que se transforma en un bramar salvaje, indómito, invencible; luego, el reposo de mis manos y mis brazos alrededor de tus pechos, de tu espalda, y un silencio que se hace paz eterna, paz divina.

Adorada Diosa del Amor, ¡mis bellas Afroditas!; de pasionarias fachadas, por donde tu rostro altivo y agradable, me llama y me sonríe, desde lejos, desde adentro, como buscando la forma de responderme antiguas incógnitas inconclusas que se debaten en mi mente; eres bella y elegante, Estatua de Afrodita, el personaje más brillante de mis ansias transformadas en palabras; eres tú mi hermosa Estatua de Afrodita, por fin mía, inexpropiable, encontrada desde mis ojos y mi alma, en la ciudad de Atenas, en donde tú y yo nos hicimos uno solo, con los siglos humanos e inmemoriales del tiempo y el deseo.

Tomado de: Belisario Rodríguez Garibaldo. **Veinticinco años de soledad.** Cuentos & Relatos. Editorial CIEN. Panamá, 2005.